



NUM. 42. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 17 DE OCTUBRE DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Como estos dias los noticieros y alarmistas se despachan á su gusto, y la pública ansiedad fácilmente da oídos y aun crédito á los mayores absurdos, imposible es reducir á número las especies que con más ó menos insistencia han circulado por casinos, tertulias y cafés, reproducidas á veces por los periódicos y acomodadas á las opiniones ó particulares miras de la publicación. Quién anunciaba como próxima y acordada la república unitaria con el duque de la Victoria al frente, quién señalaba hasta el día de la coronación del duque de Montpensier, quién por último juzgaba acordada ya la minoría del de Génova con una regencia trina, compuesta de los señores Topete, Prim y Serrano. Todos estos pronósticos y otros muchos se han reducido á meras conjeturas sin fundamento sólido. El tiempo únicamente puede levantar los tupidos velos de lo futuro.

Con verdadero júbilo de todos los buenos españoles se han recibido noticias de Cuba. A pesar de los esfuerzos hechos para arrebatár á España esta provincia, una de las más importantes y ricas de la nación, el patriotismo y desprendimiento de municipios y particulares, la abnegación con que todos los cuerpos del ejército se han ofrecido para sostener del lado allá de los mares la bandera española, y el sufrimiento y valor á toda prueba de nuestros heroicos soldados, hacen que la insurrección vaya rápidamente decayendo por días, y no esté muy lejano el de la entera pacificación de Cuba. Segun los partes últimamente recibidos, el desaliento entre los sublevados era grande, así como las deserciones y pérdidas que experimentaban. Además

algunos jefes caracterizados han pedido indulto; mientras por otra parte los Estados-Unidos conservan su neutralidad y los súbditos españoles residentes en aquella isla procuran con sus caudales y personas la pronta y favorable terminación de la lucha.

En la Península experimentan la misma suerte de los insurrectos de Cuba las partidas republicanas que teniendo en las Cortes una respetable minoría, y completa libertad en la prensa, en la asociación y en la propaganda, han desdeñado el amparo legal para la esplicación y triunfo de sus doctrinas, lanzándose al campo con objeto de imponerlas á la mayoría de la nación, no por la fuerza de la ley, sino por la ley de la fuerza. Los repetidos descabros que sufren al encontrarse con las columnas destinadas á su persecución, y más todavía la actitud de los pueblos que, para librarse de tropelías y exacciones, los repelen con las armas, van desengañándolos completamente; por lo que muchos se acogen á indulto y los más comprometidos ú obstinados emigran al extranjero. A la hora en que escribimos estas líneas tal vez se derrame con abundancia sangre española en Valencia; tal vez allí muchas víctimas inocentes y ajenas á la política perezcan también en el torbellino del combate. La pluma se cae de las manos al hablar de sangre española derramada por españoles, de paisanos, amigos y parientes batiéndose en opuestas filas; mientras el pensamiento retrocede horrorizado al considerar las consecuencias de tan ciego furor y tan vituperable conducta. ¡Cuánto mejor fuera que al ponderar al pueblo sus derechos se les explicaran también sus deberes; inclinándolo no á la rebelión, sino á la instrucción; no al devastamiento de la propiedad, sino al trabajo honrado que la produce y consolida!

A consecuencia de haberse puesto algunos diputados al frente de varias partidas de insurrectos, las Cortes han condenado de la manera más solemne y esplicita su conducta, dejando á los tribunales ordinarios que los juzguen y apliquen las penas legales á que se hayan hecho acreedores. El número de los diputados republicanos insurrectos es bastante considerable.

La emperatriz Eugenia después de recorrer á Venecia, Atenas y Constantinopla donde recibe los mayores agasajos, visitará el alto Egipto con los príncipes de Prusia, Inglaterra, Italia, Sajonia y Austria; después

asistirá á la inauguración del canal de Suez. El emperador salió para Compiègne, acompañado del general Fleury y de otros personajes políticos. Se han celebrado en los departamentos del alto y bajo Rhin nuevas asambleas para protestar contra la renovación del tratado de comercio con Inglaterra. Los promovedores de estas manifestaciones han resuelto dirigir en tiempo oportuno peticiones á las Cámaras y se están recogiendo muchísimas firmas.

El consistorio israelita se presentó últimamente al príncipe Carlos de Rumanía pidiéndole su protección. El príncipe ha contestado prometiendo mejorar la suerte de los israelitas residentes en los Principados.

Doña Isabel de Borbon, segun aseguran los periódicos franceses, ha comprado en 40,000 francos una finca situada en las inmediaciones de Bonneuil, departamento de Sena y Oise, para que establezca allí Sor Patrocinio un convento de religiosas. Adelante. Más vale que gaste el dinero en fundar conventos, que en promover sublevaciones en España.

Volviendo á Madrid y á lo que en ella pasa, no podemos menos de tributar un recuerdo al ilustre filósofo español don Julian Sanz del Rio, muerto, después de una larga y penosa enfermedad, la semana última. Ya desde mucho tiempo los numerosos discípulos del finado, que no dejaban de visitarle asiduamente, veían con dolor desfallecer las fuerzas del sabio maestro y esparcirse una mortal palidez sobre aquella frente pensadora y sobre aquella fisonomía tan inteligente y bondadosa. El golpe estaba previsto y llorado de antemano. La ciencia ha perdido en don Julian un infatigable cultivador; la enseñanza uno de los más dignos maestros; la amistad y la sociedad un hombre íntegro y afectuoso; España entera uno de sus más insignes hijos.

En la tarde del miércoles último se verificó su entierro con un numeroso y escogido acompañamiento, á pesar de no haberse repartido invitaciones. A la cabeza del duelo vimos al señor ministro de Fomento, director general de Instrucción pública, rector de la Universidad, director del Instituto, etc. También acompañaban al finado los cláustros de la Universidad é Instituto, numerosos estudiantes y muchos admiradores de su ciencia y virtudes. El señor Sanz del Rio deja en la esfera filosófica un vacío difícilísimo de llenar y un recuerdo inolvidable en cuantos han tenido la

honra de tratarlo, cultivando su amistad y aprovechándose de sus conocimientos.

La sociedad titulada «Círculo de Empleados,» inauguró sus conferencias administrativas, empezando la sección de Hacienda, que después del nombramiento de presidente y secretario discutió el tema propuesto. Según acordó la mesa, todos los martes sucesivos habrá conferencia, designándose para la primera el asunto siguiente: «¿Hasta qué punto es conveniente el desestanco del tabaco?» Mucho celebramos que en vez de perderse lastimosamente el tiempo en los casinos, se emplee con provecho del individuo y del país en difundir toda suerte de conocimientos. La administración pública y la clase de empleados recogerán el fruto cuando se generalicen tan útiles tareas.

En vista de la gravedad de las actuales circunstancias políticas y del efecto que ciertas predicaciones pueden producir en la multitud, se han suspendido gubernativamente varios periódicos republicanos y carlistas de Madrid y provincias; entre ellos *El Oriente*, de Sevilla, órgano del absolutismo, que incesantemente escitaba á los republicanos para la sublevación, atizando los gérmenes de discordia que tantos males están produciendo á nuestro desgraciado país. Don Cruz Ochoa, diputado carlista, defendió con mal éxito á dicho periódico en una de las últimas sesiones, y tiene pedido turno para seguir ocupándose del mismo asunto.

Para terminar estas líneas citaremos dos acontecimientos literarios, ya que hoy la pobre literatura se halla casi ahogada entre el clamoreo de la política, el fragor de los combates y la música chillona de los bufos. Estos dos acontecimientos son el estreno en el teatro Español de *La Maya*, obra del señor Hurtado, y la publicación en Sevilla de las obras completas de la Excm. señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. El drama, según afirman, es bellissimo; y de las obras de la señora Avellaneda podemos asegurar, especialmente de las poéticas, que no serán olvidadas mientras haya quien cultive el hermoso campo de nuestra literatura nacional.

N. C.

JUSTITIA PERPETUA EST, ET IMMORTALIS

AL SEÑOR JOSEF MARIA ASENSIO; EN SEVILLA.

Wurtzbourg, y setiembre 20 de 1869 años.

Excelente Asensio:

Has tenido la galantería, tan propia de español, de defenderme gratuitamente en el pleito que acabo de ganar en la Chancillería ó Audiencia (no sé cuál de las dos palabras es la propia) de Sevilla, consiguiendo que vuelvan á mi bolsa los 20,000 francos que ciertos malandrines querían apropiarse por arte de birli-birloque.

Yo te agradezco con toda mi alma esta nueva señal de amistad. Abusando de ella, y sabiendo que has de perdonarme la rechifla, así como me perdonaste los honorarios, permíteme que en vez de llenar esta carta con frases de gratitud, la llene con las burlas más sabidas y comunes que antaño y ogaño han sido enderezadas á Themis y á sus sacerdotes. Volviéndote agravios por mercedes, será señal ciertísima y argumento concluyente de que pertenezco á la raza humana y no á la canina.

Empecemos por el gran Cervantes. Dijo éste, que así como los cometas cuando se muestran causan temores de desgracias é infortunios, ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Y por cierto que el príncipe de los escritores apuntó en este caso, como en todos, una verdad axiomática, puesto que el amor que todos profesamos á la justicia, va siempre mezclado con el miedo de ser víctima de la injusticia.

El inmortal autor del Quijote manifestó también que la justicia era cosa tan buena, que la necesitaban hasta los mismos ladrones, y quizá ésta sea la causa de que nada hayan podido contra ella los epigramas y las sátiras que en todo tiempo se han dicho contra los jueces, escribanos, abogados y curiales. Pocas clases de la sociedad, quizá ninguna, ha sido objeto de una burla y de un sarcasmo tan constante, como la que se halla encargada del cumplimiento y aplicación práctica de la ley. Curiosa sería una recopilación completa de estas invectivas: yo apuntaré, como antes dije, las más vulgares, y quede para otro el trabajo de continuar la tarea.

Mr. Descuret, en su conocida obra *La Medicina de las pasiones*, al tratar de las cualidades y defectos de las principales profesiones, dice lo siguiente:

CURIALES.

Cualidades. Lealtad, generosidad (cuando jóvenes) y espíritu de orden.

Defectos. Ambición, concupiscencia, jactancia.

Ventajas. Triunfos indisputables, confraternidad, á lo menos aparente.

Inconvenientes. Locuacidad, muchas veces sin convicción: enfermedades de la laringe y del pecho.

Santo Tomás de Aquino pide cinco requisitos en el abogado y son:

Ciencia.

Diligencia en los negocios.

Caridad para con los litigantes.

Que no tengan inclinación á la avaricia.

Que no sostengan procesos injustos.

Sea que tales circunstancias no lleguen á reunirse en una persona, ó sea otro el motivo, es lo cierto que la carrera del foro se presta poco á la santidad. De los cincuenta jurisconsultos que han sido canonizados, solamente San Ivo practicó la abogacía y es hoy el patrono de los de su profesión. Nació en Kermartin, pueblo de la baja Bretaña, en 1253 y murió en 1303. Clemente VI lo canonizó en 1347. Refieren varios escritores que San Ivo entró en el cielo sin ser llamado, y que trataron de arrojarlo de aquel sitio; pero él manifestó que no saldría sin que un *escribano* se lo notificase y un *alguacil* lo lanzara; y como en el cielo no se hallara ni escribanos ni alguaciles, de aquí la imposibilidad de que San Ivo desalojase el lugar que había usurpado. En los antiguos breviarios franceses, según Descuret y Warree, se lee un himno en honor de la fiesta de este santo que dice así:

*Sanctus Ivus
erat Brito,
advocatus
et non latro:
¡res miranda
populo!*

Que puede traducirse en estas palabras:

Señor San Ivo
era breton,
y aunque abogado
no fue ladrón:
¡llenó esto al pueblo
de admiración!

Sin embargo, los más autorizados biógrafos ponen en duda que ejerciese la abogacía, y le dan solamente el carácter de *jurisconsulto*.

En el famoso poema de la *Danza de la muerte*, dice ésta al abogado:

«Don falso abogado, prevaricador,
que de amas las partes levaste salario,
véngavos en mente, como sin temor
volviste la hoja por otro contrario.»

No está más suave el dicho poema con los jueces, á los cuales advierte lo que sigue:

«No os cureis, ladrones, de más robar,
con vuestras muy claras y puras malicias,
pues que robásteis en son de justicias,
por este tal daño os entiendo matar.»

De los escribanos estampa estas palabras:

«Hiciste mentiras en tus escrituras,
porque en lo demás de cuanto escribiste,
no pones verdades, mas todo figuras.»

Por último se dirige al procurador en estos términos:

«Harto has vivido aquí baratando,
á unos mintiendo, á otros robando,
tú de lo cierto haciendo mentiras.»

Cristóbal Suarez compara los tribunales de justicia con las zarzas donde se refugian las ovejas huyendo de los lobos, y de cuyo lugar no pueden salir sin dejar parte de su lana entre las espinas.

Don Ramon Campoamor dice, que si la curia no tuviese la seguridad de estrujar á los litigantes, de mil pleitos se evitarían novecientos noventa y nueve.

Creo que es Villergas el que escribió que las peores diligencias en donde se puede viajar son las diligencias judiciales, pues de ellas es milagro salir sano y salvo después de su lentísimo y molesto caminar.

El Licenciado Vidriera, al ver á un juez de comisión exclamó: «Yo apostaré á que lleva víboras en el seno, pistolas en la tinta y rayos en las manos para destruir todo lo que alcanzase su comisión.»

En la comedia *El Aturdido*, pone Moliere en boca de uno de los interlocutores, que su pleito no le costó más dinero que el que le robaron el procurador y el abogado.

Racine en *Los litigantes*, estampa este diálogo:

«¿Y dónde dormireis, padre mio?

»En el tribunal.»

Escribe Villalobos entre sus famosos *Problemas* el siguiente:

¿Por qué razon un letrado
no da aviso al que pleitea,
si es justo lo que desea,
ó si es falso y reprobado?
¿Por qué se quiere perder
á sabiendas por codicia,
pues que roba en sostener
al que no tiene justicia?

Da por respuesta que la causa es *ganar dinero* para

comprar mangas y jubones de raso carmesí, y chapeos con borla pinjante sobre el collar; añadiendo que sería pedir lo imposible el pretender que los letrados excusasen las injusticias, enemistades y discordias, que con sus buenos consejos podían atajar.

Juan Tabourot asegura que en el infierno no se halla un solo curial, pues Satanás ha tenido gran cuidado en no admitirlos por miedo de que llegaran á alborotarle sus dominios y á usurparle su cetro y su corona. Para este escritor es un absurdo el refrán español de *entró como escribano en el infierno*, pues queriendo significarse con él una cosa sencilla y natural, á los ojos de Mr. Tabourot es un hecho irracional é imposible.

En las *Instituciones de Derecho Canónico*, por Domingo Caballero, que sirven ó servían hace pocos años de texto en las universidades de España para los estudiantes de Derecho Civil, se afirma con referencia al libro II, capítulo VI de las *Constituciones Apostólicas*, «que la profesión de abogado no conviene al estado clerical, pues con ella se emplea todo un hombre, y se acostumbra á embrollar y á fraudar.»—Este canonazo oficial corre parejas con el preámbulo de un decreto firmado por el entonces ministro de Gracia y Justicia, é inserto en la Gaceta de Madrid del 3 de octubre de 1853, en el cual se decía:—«que los pleitos eran en España la ruina y el escándalo de las familias, y que el fraude, el espanto, la codicia, el despilfarro y la muerte de la justicia, eran las inevitables consecuencias de la organización judicial de la península.»

Preguntando Trudaine á un abogado, cuáles eran las leyes que podían llamarse universales le contestó: «Dos han regido, rigen y regirán siempre en el mundo; la ley del más fuerte y la ley del más astuto.»

Menot, predicador del siglo XV, se dirigía desde el púlpito á los notarios llamándose *falsarii notarii*.

Entre mil citas de *Gil Blas de Santillana*, señalaré aquellos renglones que dicen así: «¿Crees por ventura que el caballo en que viniste se ha resituido á su dueño?—No lo creas: hállese en la caballeriza del escribano, donde se depositó como prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gupera.»

Cítase en las *Efemérides* de Capmany una función religiosa instituida en el convento de la Trinidad de Valladolid, por don Fernando de Mendoza, en la cual se daban velas de á libra á los escribanos, y de media á sus mujeres, y el motivo que impulsó al fundador para establecer esta memoria piadosa, fue por el mal que non le hicieron pudiendoselo hacer. Hoy día la Academia Española fomenta la creencia del vulgo sobre la omnipotencia del escribano, diciendo en su Diccionario que por bueno ó por malo, el escribano de tu mano.

Entre las coplas de villancicos cantados en una iglesia de España, la Noche-Buena del año 1748, y que por cierto se hallan impresas, topamos con ésta:

¿Quién va alcalde?
¿Quién va á la ronda?

Un sastre y un escribano
que ambos á dos se tocan.

No anden juntos, que es fuerza
en casos tales,
que lo que el uno sise,
el otro arañe.

Siempre que en el teatro se presentan escribanos ó alguaciles, excitan por su facha y pelaje la risa del público. En las plazas de toros causa generalmente zumbra y algazara el pobre corchete que atraviesa el circo á caballo en demanda de la llave del toril.

No era satírico el rey Carlos III, y cuentan sin embargo, que poco prendado del porte de los cuadrilleros de la santa hermandad de Toledo, preguntó cuál era el servicio que aquella gente prestaba.—El de perseguir malhechores—le contestaron.—¿Y quién los persigue á ellos? replicó el soberano.

Baltasar del Alcázar, refiere que

Cierto jurista letrado
juraba por su provecho,
que había todo el derecho
en una noche pasado.
Creyóselo el litigante,
sin ver que si lo pasó,
fue porque el libro mudó
para limpiar el estante.

Sebastian de Orozco, se expresa en estos términos.

Si pleito se ha de tratar,
cierto está que un abogado
por su parte ha de abogar,
y ha de ser en alegar
contrario al otro letrado.
Así que, por esta vía,
hacen como marineros;
uno BOGA y otro CIA
y todos cogen dineros.

En una poesía de Boileau, se refiere que dos viajeros disputaban sobre la propiedad de una ostra que

hallaron en su camino, y acertando á pasar por allí la justicia con su balanza y su espada, entablaron litigio delante de ella.—Tomó ésta la ostra y se la comió, entregando luego á cada contendiente una concha vacía y advirtiéndoles que en adelante viviesen en paz. Esta anécdota guarda semejanza con la caricatura que representa á dos pleitistas, completamente desnudos, llevando como ventaja el ganancioso un pedazo de papel con la sentencia de los jueces.—De aquí quizás habrá nacido esa especie de maldición que dice, *pleitos tengas y los ganes*.

Reciente la conquista de Méjico, escribían los españoles á su rey, pidiéndole entre otras cosas, que no se mandasen allí ni tornadizos ni médicos ni abogados... y no creo que erraban y fuera bien si se hiciera, añade de su cuenta el obispo Sandoval, en cuya *Historia de Carlos V* se halla dicha noticia.

Harto sabidos son los cuentos del abogado que puso en su cuenta veinte mil reales por el miedo que tuvo al pasar un río, embarcado en un bote, ó del que cobró á su cliente una onza de oro porque cierta noche estuvo soñando con el pleito que le defendía. Esta y otras mil anécdotas, verdaderas ó inventadas, deben haber generado la frase fulgar de que *buen abogado es mal vecino*.

En el *Pérsiles* se lee que «en oliendo los escribanos que tenían lana los peregrinos, quisieron trasquilárselos, como es uso y costumbre, hasta los huesos.»

Martínez de la Rosa, á pesar de su carácter dulce é inofensivo, también disparó su saeta en el epitafio que dice:

¡En sepulcro de escribano
una estatua de la fe!
No la pusieron en vano,
que afirma lo que no ve.

O en aquel otro:

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro
y no está el hombre enterrado?
Ese sí que era letrado.

Uno de los galeotes del *Ingenioso Hidalgo*, dijo que á tener veinte ducados en tiempo oportuno, hubiera untado con ellos la pluma del escribano y avivado al procurador para no verse en el camino de las galeras atraillado como un galgo. Otro de los encadenados advirtió que le faltó favor y que no tuvo dineros para librarse de la pena.

Hé aquí una letrilla de Quevedo:

¿Quién los jueces con pasión
sin ser unguento hace humanos
pues untándole las manos,
les ablanda el corazón?
¿Quién gasta su opilación
con oro y no con acero?
El dinero.

Y pues él rompe recatos,
y ablanda al juez mas severo,
poderoso caballero
es Don Dinero.

Con el mismo desenfado se explica Góngora:

Cualquiera que pleitos trata,
aunque sea sin razón,
deje el río Marañón
y éntrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad;
¡Verdad!

Y añade Francisco de la Torre:

Porque en la tela del juicio
venga el corte á tu medida,
mas vale un dedo de juez
que una vara de justicia.

Larra, en uno de sus admirables artículos, refiere que así como la Providencia destinó á la araña para tormento de la mosca, á la mosca para el caballo y á la mujer para el hombre, así también crió al escribano para tormento de todo el mundo.

El odio que Alfonso Karr profesa á los abogados es conocido en toda Europa. Este escritor dijo en su famoso periódico *Los Güepes*, que para que el acusador público, ó sea el fiscal como le llaman ustedes los españoles, fuese digno, no de alternar, sino de compararse siquiera con el verdugo, era necesario que este hubiese cortado á sabiendas las cabezas de algunos inocentes. Karr fue también el que copió y dió á conocer el siguiente suceso consignado en un rincón de la *Gaceta de los Tribunales* de Francia.

«Juan Lanot, enfermo y sexagenario, tenía un hijo, cuya conducta era algo depravada. Una noche durmió éste en casa ajena, y al día siguiente le dijo su anciano padre:

«Hijo mio, mucho me duele tu conducta; todo te lo tolero; pero compláceme en pasar la noche bajo el mismo techo que yo la paso.

«La respuesta del hijo fue dar una bofetada á su padre. El tribunal, atendiendo á las circunstancias

»atenuantes que el abogado manifestó en su informe, »impuso al reo un mes de prisión.

«¿Puede comprenderse una acción más infame, más villana, más cobarde, más ruin y más miserable que la del hijo de Lanot? Sí; dice Alfonso Karr; la conducta del hijo de Lanot es noble y cristiana, si se compara con la del abogado que buscó las circunstancias atenuantes y con la del tribunal que las aceptó como justas y como buenas.

Juzgo que los letrados deben tener gratitud á Alfonso Karr. Cuando una sátira tan fuerte y tan seguida no ha matado al oficio de defender procesos, este oficio se puede considerar ya no solo como invencible, sino como inmortal.

Interminable resultaría esta carta si yo intentase indicar siquiera lo que el *Corbacho*, la *Celestina*, la *Propaladia*, el teatro de Lope, Moreto, Calderon, etcétera, etc., dicen contra los curiales. Acabaré diciendo que estos son los primeros en reír, en celebrar y quizá en inventar los sarcasmos y burlas que contra ellos se propalan. Lo propio hacen los médicos cuando les llaman *asesinos pagados* ó les dirigen otro epigrama análogo: tanto los hombres de la pluma como los hombres del *escalpelo*, tienen ocasiones repetidísimas de estudiar el corazón humano y de ver la parte moral de sus semejantes sin la mas ligera sombra de hipocresía ni de fingimiento: el médico y el abogado suelen escuchar confesiones que quizá no se oyen en el tribunal de la penitencia; por eso saben con firmeza que las invectivas que se la dirigen salen de los labios y no del corazón del hombre.

Repara, querido Asensio, en aquel anciano que pasa el día clavado en su bufete despachando sus negocios; míralo luego dentro del lecho y robando horas al sueño leer con avidez las oscilaciones de las Bolsas y de los Bancos de Europa; contéplalo despues haciendo un viaje de centenares de leguas para examinar por sí mismo el monte ó hacienda que piensa comprar; advierte que en seguida promueve un pleito para aclarar si los linderos de la finca deben ir algunos metros más arriba ó más abajo, y fíjate en el entusiasmo con que dice á su abogado que por ganar aquella cuestión, más de amor propio que de utilidad, se halla dispuesto á dar todos los pasos y á hacer todos los esfuerzos imaginables: nota cuánto se afana, y piensa, y trabaja, y escribe, calculando las mejores épocas y mercados para vender sus vinos, sus maderas, sus carbones, sus ganados y sus cosechas.

Cuídense usted, le dicen: no trabaje usted tanto; va usted á enfermar...

Cierto, contesta; voy á descansar; quiero pasar tranquilos los días que me restan de vida, pero antes necesito arreglar ciertos asuntos y redondear dos ó tres negocios de interés.

Pasan días, semanas, meses, años... y el *redondeo* no llega, pero en cambio entran de tropel los males, los achaques y los dolores. Entonces Mercurio es destronado por Esculapio: los Galenos y boticarios quedan convertidos en reyes absolutos: baños, cáusticos, píldoras, homeopatía, electricidad, fuego, nieve... todo se pone á contribucion para salvar la vida. Celébranse juntas de médicos; concurren á ellas los de fama y renombre, y el telégrafo trasmite las opiniones de los mas ilustres doctores de Europa... en fin, se derrama el oro para buscar la salud con la misma facilidad que días atrás se derramaba la salud para buscar el oro.

Tales son los sustos que la *vida* y la *fortuna* dan al hombre. ¿Consistirá esto en lo de *stultorum infinitus est numerus* de las sagradas letras?

¿Tendrá su fundamento en los versos del poeta francés que dicen

«*Tous les hommes sont fous, et malgré tous leurs soins, ne different entre eux que de plus ou du moins?*»

No creo que consista un hecho tan repetido ni en la *necedad*, ni en la *locura* del género humano: tengo por cierto que el hombre, cuando es culto y civilizado, se agita y se mueve alternativamente sobre dos balanzas que llevan estos nombres:



¿Hay abundancia de *vida*? pues vamos á emplearla y á sacrificarla para ganar riqueza.

¿Hay abundancia de *riqueza*? pues vamos á gastarla y á consumirla en alargar la vida.

Ya no hay señores feudales, ni órdenes religiosas, ni exorcistas. ¿Llegará un día en que no haya ni curiales ni médicos?

Sí, llegará: este día será el siguiente á aquel en que el hombre haga de la *vida* y de la *riqueza* el mismo caso que hace hoy de esas dos famosas armas que tanto nombráis los españoles, y que se llaman, si mal no recuerdo, la *carabina de Ambrosio* y la *espada de Bernardo*.

No me acuses de tener mala voluntad á la gente del foro: en tal caso debería empezar teniéndomela á mí mismo, pues sabes que se considera honrado con el

capirote y la garnacha de jurisperito (aunque no lo sea) tu fino amigo

EL DOCTOR THEBUSSEM.

LES ALBAES.

(COSTUMBRES VALENCIANAS.)

Es indudable que la civilización que á pasos agigantados avanza, enseñoreándose de la tierra y destruyendo con sus esplendorosas luces las sombras de la ignorancia, no ha podido aun borrar de los anales del pueblo ciertas costumbres tradicionales que forman parte integrante de su modo de ser; y es, porque las tradiciones son para el pueblo un espejo fiel en donde se reflejan los hechos de sus antepasados, y como este aun siente arder en sí la llama de la fé que aquellos le legaron, creeria faltar á uno de sus mas sagrados deberes, si no les rindiere culto amoldando sus costumbres á las de sus mayores.

En buen hora que el soplo de las modernas revoluciones hayan entiviado en parte las sencillas creencias del pueblo; en buen hora que hayan ilustrado, gracias á los modernos adelantos, muchísimas de sus inteligencias; en buen hora, en fin, que hayan despertado ese espíritu democrático que se trasluce de un modo bien preclaro en sus modernos hábitos: pero estúdiense sus costumbres; obsérvese en sus juegos, en sus romerías y hasta en lo mas recóndito del hogar doméstico y se hallará en todos sus actos, aunque por cierto bastante degeneradas, las costumbres de sus antepasados.

Una de las provincias de España en donde mas se guardan los vestigios de las pasadas edades y en donde se celebran con mas entusiasmo las originales costumbres que los árabes la legaran es, sin duda alguna, la provincia de Valencia. Aquellos que no hayan visto la luz primera bajo su azulado cielo y no hayan aspirado con delicia el dulce azahar que despiden las blancas flores de sus verdes naranjos; aquellos que no hayan descansado durante las calorosas horas del estío, bajo la grata sombra de sus frondosos frutales ó cimbradoras palmas, y aquellos que no hayan asistido con sus alegres hijos á sus populares fiestas, no podrán comprender la veracidad de nuestras apreciaciones.

Pocas provincias en verdad podrán ofrecer al viajero tantos y tan variados atractivos como la que nos ocupa. El artista halla en ella monumentos dignos de figurar, tanto por su mérito como por su posición, al lado de los mas célebres de España; el pintor, preciosos modelos que imitan pertenecientes á la escuela de los Juanes y Ribaltas; el poeta, hermosas mujeres á quienes dirigir sus endechas, como lo hicieron en su tiempo Ausias March y Gil Polo, y el observador diferentes costumbres semi-árabes dignas todas de estudio por cierto sello peculiar que las caracteriza.

Ahora bien: una de las costumbres mas populares entre los labradores de la vega valenciana, es la que los naturales de aquel país designan con el nombre de *albaes*. Costumbre que tanto por el aire poético en que se halla revestida como por los estraños tipos que forman parte integrante de su ser, vamos á describir á los lectores del *Museo*.

Figúrense estos una noche serena y tranquila como generalmente se disfrutan bajo el cielo de Valencia, en que solo se percibe el leve rumor del aura al besar las verdes hojas de los árboles, ó los apagados ecos de alguna tierna avecilla que gime desde el fondo de su nido; añadan á esto el melancólico murmullo de un arroyuelo que corre alegremente salpicando de cristalinas perlas el verde césped que junto á él crece, y complete, en fin, este paisaje con los melancólicos rayos de la luna que bañan las blancas paredes de una alquería que se levanta rodeada de frondosos frutales en medio de la huerta, y tendrán una pálida imagen del fondo del cuadro que vamos describiendo.

De repente el alegre son del tamboril (*tabalet*) y los estraños ecos de la dulzaina (*donsaina*) interrumpen la gravedad de este paisaje. Un alegre grupo de labradores vistiendo los pintorescos trajes del país se dirige al al són de la morisca música, por uno de los senderos de la huerta y se para frente de la alquería que hemos bosquejado. Uno de ellos á quienes los del grupo dan el nombre de *cantaor* deja oír su argentada voz entonando en el lenguaje del país los dos primeros versos de la siguiente canción, la cual es concluida al són del *tabalet* y la *donsaina*, por otro *cantaor* que tambien forma parte del grupo.

Una canso cantaré
Y la cantare baixeta,
Y en ella remuntaré
A Sento y á Visanteta.

Entre tanto los labradores se esparcen por las inmediaciones de la alquería, recostándose unos sobre los bancos que la rodean, permaneciendo otros de pie ó sentándose los demás sobre el duro suelo, mientras que el galan que costea la serenata, que es la persona aludida en la canción, espera de pie al lado de los músicos salga la niña de sus amores. No se hace de espe-

rar esta mucho, pues apenas percibe los sonos del *tabalet*, deja presurosa el lecho y se asoma á la ventana á corresponder á la fineza de su amante, el cual al verla comienza á dar hurras de alegría, hurras que repiten sus amigos al ver que se abre la puerta de la alquería y aparece la persona á quien van dedicados estos obsequios acompañada de sus padres, quienes no sabiendo como agradecerles las deferencias que su hija les merece, les obsequian sirviéndoles dulces y bebidas del país.

A la primera canción siguen otras ya tiernas, ya picantes, que causan la hilaridad de todos y hacen salir mas de una vez los colores á la cara de la niña. Así permanecen hasta que los rayos del nuevo día disipan

con sus reflejos las sombras de la noche, hora en que todos se retiran no sin entonar antes la siguiente copla que suele ser de cajón en estos casos.

Me despido de una rosa,
Me despido de un clavel,
Me despido de Vicenta
Y de su madre también.

Esto son unas *albaes* en Valencia: costumbre muy parecida, en verdad, á las *veladas* en Andalucía y las *rondallas* en Aragón, pero mas original por las razones que antes hemos espuesto.

La lámina que acompaña á este artículo, es copia exacta de un cuadro que presentó á la esposición de

Zaragoza, el jóven pintor valenciano D. Jose Gastaldi, mereciendo del jurado de dicho concurso, uno de los premios ofrecidos á este género de obras.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

UNA REPRESENTACION

EN EL TEATRO DE DOÑA MARÍA DE LISBOA.

Nada más agradable ni más difícil de copiar fielmente, y reproducir con exactitud, que una representación del teatro portugués en el de Doña María; y no



SUCESOS DE BARCELONA.

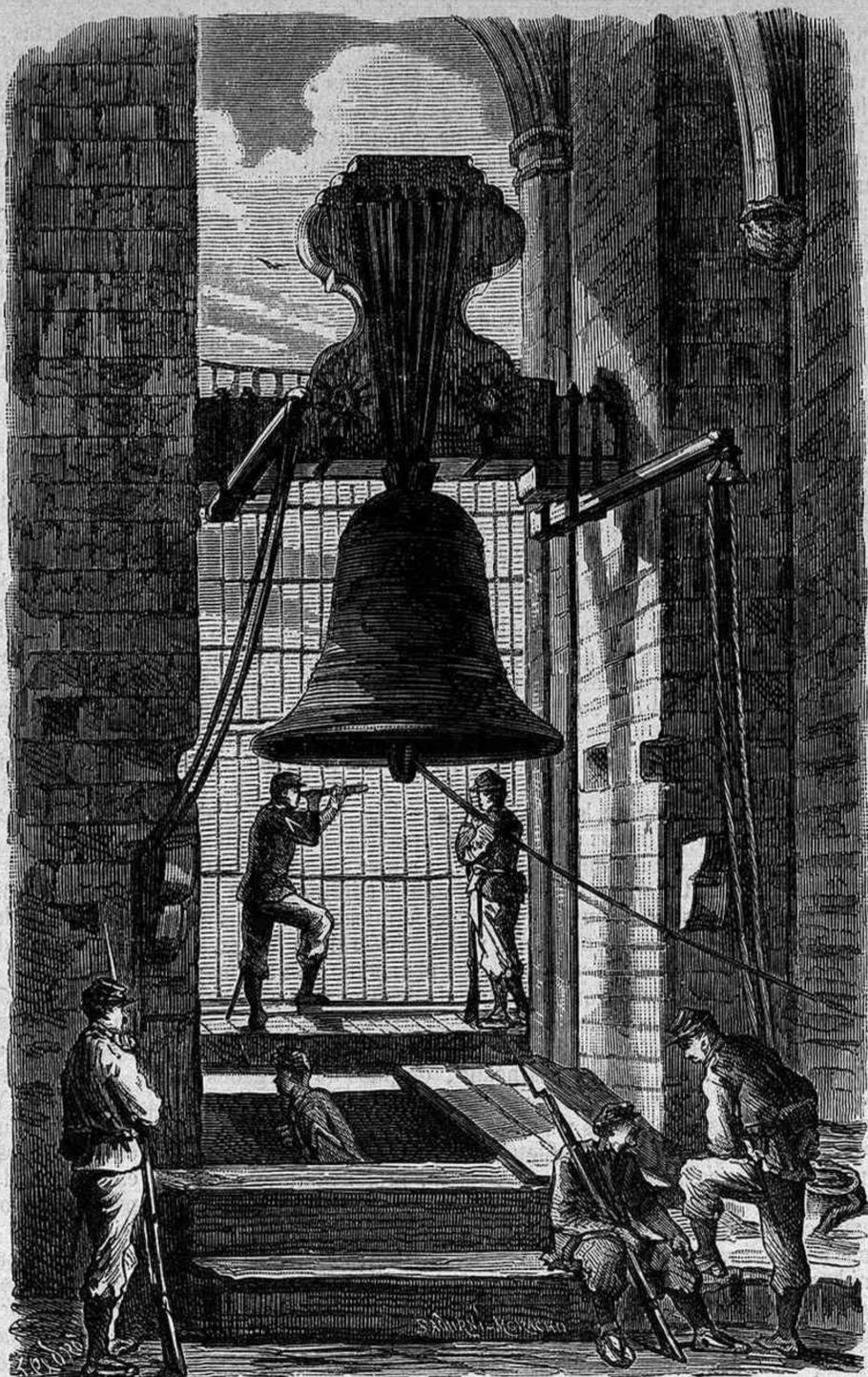
es porque los actores sean todos eminencias del arte, ni porque las obras que en él se ponen, deslustren las de Skaspeare, y hagan palidecer las de Calderon, y no porque entrando puramente en la parte formal, la sala donde la representación se verifica deslumbre por su esplendor y riqueza, y reduzca y se apodere fuertemente del ánimo, por su esquisito gusto, y su originalidad desconocida. No: el teatro es bello, bien distribuido, cómodo, pero, ni por su estension, ni por su lujo, estraña; las obras que en él se representan pertenecen ahora de hecho y de derecho, muerto Garrelt, en el ocaso de su vida Castilho, preocupado por los asuntos políticos el ministro Mendez Real, á una juventud inteligente y trabajadora, que en todas sus obras imprime el sello de su genio artístico, á vuelta de algunos defectos inherentes al fuego del entusiasmo, que tantas veces daña ó á la verdad de la fábula, ó que sirve, en medio de su grandeza mágica y cuasi-divina, á despeñar el ingenio, si no se le calma y contiene con la meditacion y el estudio: los actores no son todos en absoluto, de esa privilegiada raza de los gigantes del arte, que eternamente inspirados en la belleza y como rejuvenecidos por su brillante aureola, esceden á todo elogio y á todo aplauso: seria entonces imposible una compañía, antes bien, unos, siendo glorias escénicas, especialistas por su carácter, medianías algunos, logran todas las noches, lo que es raro en nuestra España, representar comedias, y no papeles determinados de una cualquiera.

Desde que el telon se levanta y el actor aparece en escena, no se preocupa ni una vez siquiera del público, sino para complacerle, cumpliendo exactamente con cuanto el poeta en su obra prescribe, y hablando, como cuando escucha, en primer término, como en el fondo del escenario, sólo, en un monólogo interesante, como en escenas en las que hay mucha gente en las tablas, y por consiguiente, la atencion se distribuye, y como que si divierte y distrae con los multiplicados incidentes y detalles, sin quedar fija, y absorta, en la contemplacion de un solo y único personaje en todos los momentos de la obra dramática, lo mismo en los que la aprobacion ha de coronar sus esfuerzos, como en los que ni la accion, ni la palabra pueden inspirar otra cosa que indiferencia, es siempre el mismo tipo el mismo carácter, y única y escrupulosamente, para dibujarle y contornearle con precision, sigue paso á paso al autor que le diera vida, y con su trabajo, logra hacerle resaltar en el cuadro, y al darle vida propia y constante, no en una escena ó en dos, sino durante toda la representación, le distingue y diferencia, de todos los demás, resultando de ese modo, lo que nosotros desconocemos por completo, *el conjunto*. En el teatro de Doña María, los actores, no solo dicen, sino que hacen el papel; no solo hablan, sino que escuchan, y saben escuchar, lo cual es diferente: no solo accionan, y se mueven, y modifican la expresion de su fisonomía, cuando les es indispensable, por la situacion en que el carácter que representan, se encuentra, si

que en todas las partes de la obra, siempre en consonancia con el tipo por el poeta descrito. Y no solo dicen, y hacen, hablan y escuchan, y en el gesto y la accion tratan de caracterizar bien su papel, sino que además consiguen tener continuamente fija en ellos la atencion del público, porque no puede perder ni un solo detalle, si quiere por completo estudiar y comprender cuál es en sí la obra escénica en su todo como en sus partes, que á tal extremo llevan la precision y la exactitud, y sobre todo tan á conciencia trabajan. Y asi es como únicamente se puede decir que se representan obras dramáticas, y que se ven comedias, y asi es como únicamente se salva el gravísimo escollo, tan contrario al arte, y perjudicial á los mismos actores de no hacer, ni representar mas que papeles. Nosotros tenemos y hemos tenido, grandes, eminentísimos actores, pero nunca compañías: nosotros estamos acostumbrados á admirar grandes creaciones artísticas, hijas del genio, contenidas en tipo, en un carácter, pero no tenemos costumbre de asistir á una verdadera representación dramática: nosotros vemos todos los días papeles, nunca comedias. ¿Dónde nada más admirable, que la personificacion de aquel arrogante conde de Castilla, más fuerte que los castillos roqueros que conquistaba, y para quien la guerra era una religion, y un amor vehemente y sin rival ni ejemplo, animada, viva, palpitante, arrebatadora, hija predilecta del fecundo ingenio de Carlos XIV? ¿Dónde, nada tan apasionado, tan magnífico, como aquella con-

desa de Castilla, representada por Bárbara Lamadrid? ¿Podrá encontrar Teodora igual en *Adriana*? en *Ricardo Darlington*, Valero; Arjona, en *El Trapero de Madrid*? ¿Hay nada mas perfecto que aquel tipo tan magistralmente delineado por Matilde en la *Escuela de las coquetas*, ni parecido al don Valentin Rompelanzas de la misma, que con tan inimitable naturalidad caracterizaba José Calvo? ¿Y qué diremos de aquel coloso de la escena, el gran Romea, que tan de mano maestra sabia retratar ora al libertino que echándose de *hombre de mundo*, encuentra que el maestro tambien recibe cuchilladas, ora al bizarro galan de *Toledo a Madrid*, ora al inspirado, cuanto noble y simpático *Jorge Sullivan*? ¿Pero acaso esos caracteres solos, por sí, constituyen entera una comedia?

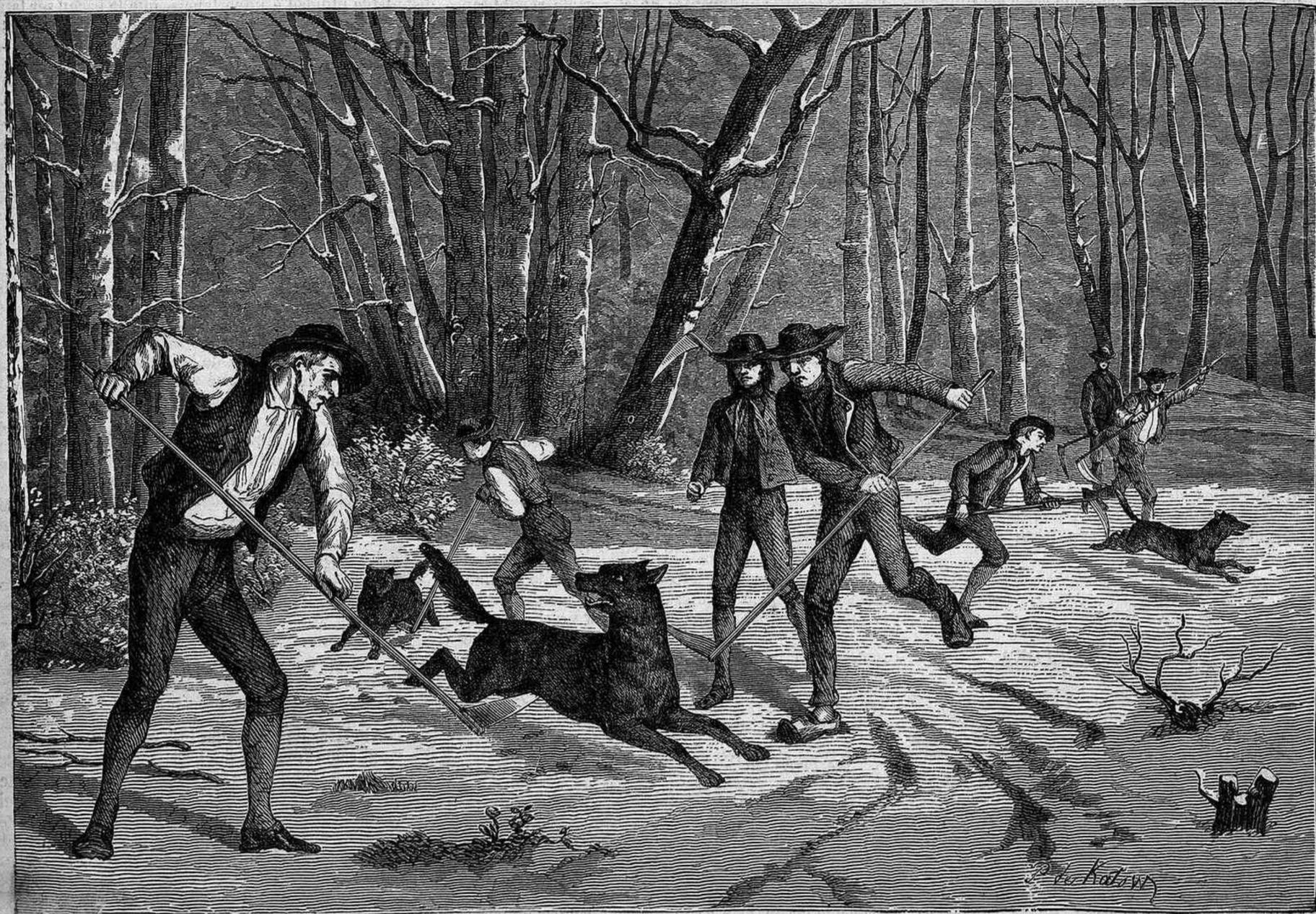
Este es el grave error de nuestros actores. La obra escénica es eminentemente subjetivo-objetiva; si participa de la lirica por el sentimiento íntimo, y el estado de concentracion del espíritu que crea, tiene mucho de la épica, por cuanto la esencialidad estética la desenvuelve, plásticamente, de un modo externo y puramente formal, respondiendo el conjunto, el todo combinado y armónico, al pensamiento que fecundó la creacion artística que se determina ajustándose á cierta medida, en condiciones diversas. Y naturalmente, como el carácter se diseña mejor con el contraste; como que la pasion no aparece bien determinada, sino cuando se contraponen á otra pasion diferente: como que la vida, es la lucha, la antítesis, la oposicion, y solo mediante estos incidentes y detalles bien combinados, resulta la armonía que es la ley suprema del arte, de aquí que sin cumplir con esas condiciones, sin ajustarse á estas reglas, sin tener en cuenta esta verdad, desconocida en España, toda obra dramática es punto menos que imposible, y lo único que puede conseguirse es un boceto de un tipo, de un personaje, deslucido, sin color, y



TORRE DE LA CATEDRAL OCUPADA POR SOLDADOS.

mas que figura, creencias y verdadera creacion artística, imperfecta y empañada fotografia. ¿Qué importa que hayamos visto un *Sullivan* admirable, si su sacrificio no puede ser perfectamente comprendido, por cuanto falta una *Talia* que lo sienta, ó aquel pobre comerciante, que despues de imponerlo, se arrepiente y llora? ¿Qué importa que *Adriana* se sienta poseida de aquella terrible cólera de celos que la impulsa á arrojar los versos del gran poeta francés, como padron de ignominia sobre la frente impura de su rival, si no hay una princesa que reciba con la agonía en el alma y la sonrisa en los labios palabra á palabra aquel terrible insulto, y que arrebatada por la mezquindad de sus pasiones, sepa espresar con toda la energía de su carácter violento, aquella horrible venganza, que sobre el pedestal de su infamia se levanta airada y poderosa, para confabularse con la muerte? Defecto gravísimo el que señalamos, que imposibilita que nuestros actores luzcan sus brillantes cualidades, porque jamás el genio es comprendido, ni se delinea con sus verdaderos caracteres al lado de lo vulgar, y entre las medianías, y que nuestros insignes poetas puedan ser nunca trascritos, por la accion y la palabra humana, sus espléndidas creaciones de arte, casi siempre impiamente *ejecutadas* en su mayor parte.

Este defecto en Portugal no existe, y en particular en el teatro de Doña María; aquí hay compañía y actores: aquí representan comedias y papeles; aquí en una palabra, los autores ven sus obras, y el público sabe apreciar por eso mismo las relevantes prendas, el genio poderoso de los grandes artistas, como la verosimilitud, el sentimiento y la belleza de la obra. Poco importaría que la eminente actriz Emilia das Neves, con una inspiracion nada comun, interpretase á maravilla el difícilísimo papel de Margarita Gautier, si no encontrara un Armando que la hiciese pasar por las



CAZA DE LOBOS CON HOCES.

terribles alternativas del amor correspondido, del odio, del desprecio, de la venganza, para dejarla entregada á manos de la muerte, y acorrerla en sus últimos instantes, haciéndola entrever un mundo de ilusiones y de tristes alegrías, flores que nacen al borde de la tumba, y cuyos aromas son del cielo. Pero Emilia das Neves, confiada, tranquila, puede entregarse al estudio, y dejándose llevar de su inspiración, caracterizar ó á Julieta, ó á Desdémona, como á Isabel de Segura, ó á la desventurada Leonor, cierta, no solo de encontrar en el justamente aplaudido actor Tasso, un Romea ó un Otello, como un Diego Marsilla ó un Manrique, sino todos cuantos personajes sean necesarios para completar el cuadro y dar vida á la obra escénica, con lo que sus admirables prendas de figura, voz, entonación, sentimiento, delicadeza, genio, se aquilatan, se abriñan y resplandecen más y más con el contraste y la oposición de pasiones y caracteres, que solo de ese modo se logra la armonía y por tanto la belleza.

Por eso podemos asegurar sin incurrir en exageración, que no hay nada tan agradable como una representación en el teatro de Doña María, y que si la Emilia das Neves, como la inimitable Emilia Adelaida, llena de sentimiento, de delicadeza, de gracia, de arrebatado, de pasión profunda y de penetrante ingenio, y Tasso, merecen ser justamente considerados y aplaudidos los notables actores, Teodorico, de carácter, César de rima, lleno de gracia y espontaneidad, como Pizarro y Almeida, y las distinguidas actrices Delphina y Rosa Damasceno, no solo no deben ser olvidados, sino que también son acreedores á los elogios de la crítica, y dignos de ser recompensados con el favor del público.

Una última observación. Que haya en Lisboa un brillante cuadro de compañía; que los actores estén siempre en su papel, y nunca se olviden de la escena; que los genios del arte puedan brillar más, por lo bien combinados que se encuentran los tipos y las humanas pasiones, con el fin de producir el contraste y mediante él la armonía, no es cosa que nos maravillaría, por más que siempre nos agradase en extremo y nos hiciese justamente aplaudir, si no recordásemos que en nuestra España, con grandes actores, con verdaderos é inspirados poetas, jamás hemos podido ver una compañía, y por ende una comedia. Esta diferencia notableísima, este fenómeno muy digno de tenerse en cuenta, quizás tenga alguna otra explicación más científica y profunda, que por el presente se me oculta, pero parece que es muy satisfactoria en mi humilde concepto, la de que en Portugal los actores jamás desempeñan papeles que no sean adecuados al género especial que cultivan, y á las condiciones peculiares de su talento, con lo que si hay menos directores de *escena y compañía que para todo sirven*, tienen la ventaja no pequeña los portugueses de estar acostumbrados á que haya *compañía y escena*.

El lector que haya tenido la paciencia de llegar al fin de este artículo, no me podrá negar que tiene un mérito y es, que es el primero, que yo sepa, dedicado al teatro portugués. Del teatro francés, del italiano, cien y cien revistas de distinguidos críticos han aparecido y aparecerán en todos los periódicos, hasta el extremo de habituarnos á los nombres de sus actores, conocer sus cualidades y poder formar aproximado juicio de su valía; del teatro portugués, y de sus autores, que yo sepa, no ha habido nadie que se haya ocupado, ni que haya por lo menos escrito en compendio siquiera sus nombres. Esto es triste; y más aun, por que á nuestro desconocimiento de Portugal, se une el de este con respecto á España, y si nosotros no solo no hemos visto en Madrid compañía alguna portuguesa, sino que ni de oídas conocemos á sus más distinguidos actores, los portugueses á su vez ignoran por completo lo que sea nuestro teatro, y lo que valen sus sacerdotes más venerados. No parece sino que nos separa el desierto.

Hablaba yo con la Emilia Adelaida y Tasso, y ví con dolor que la inspirada actriz portuguesa, ni aun conocía de nombre á nuestra Matilde y á nuestra Teodora, y sólo en labios de ésta escuché el del inimitable Romea, único artista conocido y respetado entre los actores portugueses. ¿No es esto triste y desconsolador?

G. CALVO ASENSIO.

SUCESOS DE BARCELONA.

La mañana del sábado 25 de setiembre, empezó á propagarse por la ciudad condal el rumor de que iba á procederse al desarme de algunos batallones de milicianos nacionales; si bien la pública curiosidad y zozobra en vano buscó, por espacio de algunas horas, un indicio por donde aquel rumor se viera confirmado.

Por fin, á la una de la tarde, éste empezó á manifestarse cierto, pues llegando tropas á la Plaza de la Constitución, la ocuparon militarmente, estacionándose en las casas Consistoriales un fuerte reten de la guardia civil; en el edificio de la Diputación y Audiencia, los dos batallones de cuerpos francos de Targarona y en el centro de la plaza una batería de artillería

de montaña, cuyos cañones dominaban las diferentes boca-calles afluentes á dicha plaza.

Fueron asimismo ocupados militarmente el paseo de la Rambla, la casa Correos y Telégrafo, los teatros Principal y Liceo, la Vireina y muchísimas casas particulares. Acudió también tropa á posesionarse de los campanarios de las principales iglesias; no tanto para evitar el fuego que desde ellos tal vez hubiera podido hacer el paisanaje á la tropa de las calles y azoteas, como para impedir los toques de somaten, que hubieran llevado la voz de alarma á los pueblos comarcanos. El grabado que hoy damos á nuestros suscritores, representa la torre de la catedral de Barcelona, ocupada por alguna fuerza del batallón de cuerpos francos: esta ocupación era importante sobre todas las demás, porque el toque de la campana Eulalia se extiende á muchas leguas de distancia, y á tocar ella á somaten no hubieran sido pocos los pueblos del llano que se hubieran levantado en armas aun ignorando el motivo.

A las tres de la tarde se fijó en las esquinas el bando disponiendo el desarme de los batallones republicanos, y al poco rato ya empezaba la construcción de barricadas en el arrabal de San Antonio, extendiéndose por los barrios de la Cárcel, Hospital, Padró, Cármen y Poniente. En los barrios de Ribera intentóse también hacer alguna resistencia; mas no pasó esto de conato, pues las dos sencillas barricadas que se construyeron, fueron tomadas aquella misma tarde por la caballería, quedando herido en una pierna el oficial que mandaba el piquete.

El foco de la insurrección estaba en el arrabal de San Antonio: allí acudían presurosos los milicianos que debían dejar las armas; allí se animaban mutuamente; allí trabajaban unos en la edificación de parapetos, otros en la reunión de municiones y otros en la formación de pelotones y repartición de la fuerza.

A las cinco y cuarto sonó el cañonazo de alarma; las calles quedaron desiertas de transeúntes y curiosos, permaneciendo solos y frente á frente las tropas y los insurrectos.

A las nueve de la noche, después de otorgados por la autoridad militar varios plazos para la rendición de los insurrectos y de negociada esta, sin resultado favorable, rompió el fuego y empezó el ataque de las barricadas por diversos puntos, prolongándose hasta la madrugada, hora en que las tropas habían alcanzado ya completa victoria. El grabado que adjunto damos, representa el ataque y defensa de la barricada que se levantó junto el ex-convento de monjas capuchinas, donde fue más obstinado el combate.

Tomadas ya las barricadas y vencida la insurrección en la ciudad renació la calma: muchos milicianos devolvieron sus armas, y otros, aunque pocos, salieron á reunirse con la partida que en Martorell organizaban varias personas influyentes en el partido republicano de Cataluña.

CAZA DE LOBOS CON HOCES.

En los inviernos rigurosos descienden á manadas los lobos desde los montes para refugiarse en el bosque de Colmar, donde la abundante caza les proporciona alimento. Por las noches suelen penetrar en las aldeas, buscando los establos y devorando los ganados. A veces se reúnen tantos, que es necesario organizar batidas para matar algunos de ellos y ahuyentar á los demás.

Estas batidas son verdaderas luchas, á las cuales tienen empeño en asistir todos los aldeanos ágiles y atrevidos. Para mayor soltura en los movimientos, van ligeramente vestidos: llevan anchos sombreros y largas hoces ó guadañas, muy temibles en sus manos por la destreza con que las esgrimen. Colócanse los aldeanos á ocho ó diez pasos unos de otros, y á cierta distancia se apostan grupos de cuatro hombres para socorrer á sus compañeros que se hallen en peligro.

Tomadas ya estas disposiciones, algunos cazadores con fusiles entran en el bosque, y formando semicírculo desalojan á los lobos de sus guaridas hostigándolos hácia donde se hallan los hoceros. Estos, al pasar las fieras, les cortan las patas ó les rajan el vientre con sus afiladas cuchillas. En 1856 fue muerto un lobo muy viejo que solo tenía tres patas, habiendo sin duda quedado mutilado en una de las anteriores cacerías; lo cual no le había impedido vivir y procurarse alimentos. El grabado que damos en este número representa el acto de salir los lobos del bosque y ser acometidos por los hoceros.

EXTRACCION Y LAVADO DEL ORO

EN CAMERON TOWN.

El Cameron Town, perteneciente al Caribú, de la Colombia británica, es el distrito más rico de esta comarca y en donde especialmente se han hecho sentir las revoluciones geológicas. El país presenta el espectáculo de un mar de montañas y colinas cubiertas de abetos: el suelo ha sido violentamente agitado por

todas partes, en términos de que es difícil encontrar algunos metros de terreno llano.

En las minas de Cameron Town el *barropagador* (*pay-dirt*), pues así se llama la capa de arcilla y casquijo que descansa sobre el lecho pedregoso donde está el oro, se halla de 30 á 50 pies bajo la tierra. Se abre un pozo de conveniente profundidad: el *barro* sube en un cubo que se maneja por medio de una cámbria y se vierte luego en un largo cajón, llamado *la caja de sorpresa*, ó el *long tom*, que tiene un falso fondo compuesto de barras paralelas dejando entré sí pequeñas aberturas, y se eleva algunas pulgadas sobre el fondo verdadero, provisto de muchos travesaños de madera. Una corriente de agua cae en la caja de sorpresa por un lado y sale por otro. A medida que se vierte el *barro*, un hombre armado con una larga horquilla de espesos dientes, la agita sin cesar y saca las piedras más gruesas. La arena fina y la tierra son arrastradas por la corriente; pero el oro, más pesado, cae al través de los vacíos que dejan las barras paralelas del falso fondo, y es detenido en el fondo verdadero por las barras transversales, llamadas *riffe*. El *barropagador* tiene por lo regular de 3 á 5 pies de espesor; y así, las galerías de las minas son muy bajas: el agua se saca en cubos, como en las norias. En el invierno quedan inutilizados estos aparatos, pues se cubren de enormes témpanos de hielo.

Mr. Steele, uno de los principales empresarios mineros, tiene tres pozos de los que extrae semanalmente por valor de 50 á 120,000 francos, y gasta sobre 35,000 en la explotación.

Hemos recibido una bien escrita Memoria sobre los trabajos hechos por la Dirección General de Estadística de España, desde setiembre de 1867 hasta igual mes del presente año de 1869; esto es, del período comprendido entre la reunión del Congreso internacional de estadística en Florencia hasta la del que últimamente se ha celebrado en el Haya.

Dicha Memoria redactada por el distinguido escritor catalán don Víctor Balaguer, que en la actualidad desempeña el empleo de director general de Estadística, es un curioso y bien ordenado trabajo donde puede estudiarse el movimiento de nuestro país en el citado período tanto en población, como en comercio, industria, riqueza y desarrollo intelectual; pudiéndose apreciar y comparar las diversas épocas muy fácilmente por los numerosos y bien ordenados cuadros sinópticos, que muestran á la primer ojeada los resultados de diversas épocas.

Hasta hace muy poco tiempo era la estadística un ramo de conocimientos casi desconocido, ó por lo menos, descuidadísimo entre nosotros, á pesar de su indisputable utilidad é importancia, que le hacen ser tan cultivado, en las naciones más adelantadas de Europa. Pero de algunos años á esta parte se observa un saludable movimiento en este sentido, habiéndose dado á luz trabajos sumamente apreciables. Deseamos que el director general de Estadística don Víctor Balaguer continúe mostrando su capacidad en el ramo que le está encomendado, contribuyendo poderosamente á su desarrollo; pues es la balanza con que se gradúa el adelantamiento ó la decadencia de los pueblos.

ALBUM POETICO.

RUINAS.

Apenas irradian en mi pecho
Los rayos de la luz de la ilusión,
Cuando te ví, te amé y tú viviste,
Soberana, en mi alegre corazón.

Un día el huracán de mi desdicha
Los muros de tu alcázar azotó:
Tú te ausentaste y el silencio solo
En el desierto alcázar habitó.

Ya no ha vuelto á morar mujer alguna
En la que fué tu régia habitación:
Tan solo de ella las ruinas quedan,
Pedazos de mi pobre corazón.
JOSÉ PUIG PEREZ.

MUERTE DEL TORO.

(FRAGMENTO DESCRIPTIVO.)

Al clavar de los dardos inflamados
y agitación frenética del toro,
la multitud atónita se embebe,
como en el circo la romana plebe
atenta reprobaba ó aplaudía
el gesto, el ademán y la mirada
con que sobre la arena ensangrentada
el moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama
se abre el acto final cuando á la arena
desciende el matador, y al fiero bruto

osado llama y su furor provoca. El, arrojando espuma por la boca, con la vista devorale y el suelo hiere con duro pie: su ardiente cola azota los hijares, y bramando se precipita... El matador sereno ágil se esquivo y el agudo estoque le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro, y su bramido espresa dolor, profunda rabia y agonía. En vana lucha con la muerte impía, quiere vengarse aun; pero la fuerza con la caliente sangre, que derrama en gruesos borbotones, le abandona; y entre el dolor frenético y la ira vacila, cae, y rebramando espira.

Sin honor el cadáver insultado es en bárbaro triunfo: yertos, flojos, están los fuertes pies, turbios los ojos en que há un momento centellar se via tal ardimiento, fuerza y energía; y por el polvo vil huye arrastrado el cuello, que tal vez bajo el arado fuera de alguna rústica familia útil sostenedor.—En tanto, el pueblo con tumulto alegrísimo celebra del gladiador estúpido la hazaña. ¡Espectáculo atroz, mengua de España!

J. M. HEREDIA.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

No aparezcáis alegre delante de ellos, don Tello; ante Catalina nadie puede estarlo impunemente. Mirad, —añadió Andrés señalando con el dedo á su amigo un grupo de gente del pueblo que se había reunido silenciosamente en un extremo de la taberna;—nada mas que con ver esas figuras de barbas largas, graves é inmóviles, estoy seguro de antemano que la horca y el knout preocupan más á esos desgraciados, que los preparativos de los nuevos regocijos. Cada día se ve formar aquí alguna conspiración que malogra la destreza ó la suerte de Catalina. Y quién sabe si esta misma noche...

Andrés de detuvo, y pasando la mano por la frente, interrogó, con los ojos el reloj que había en la pared de la sala.

—¿Estais loco, querido?—replicó don Tello jovialmente.—¡Contemplad esos alegres fuegos! ¿Quereis por ventura aguarne el placer que me prometo encontrar en una de vuestras fiestas nacionales? Pensad en que hace tres meses eternos que estoy bajo palabra en vuestro castillo, cerca de Moscow; castillo que, la verdad sea dicha, vale en punto á magnificencia lo que el de un pachá de Egipto. Juego en grande, excelentes banquetes, música, caballos de lujo, trineos, cazas fabulosas... ¡Oh! nada ha faltado, lo confieso. Pero al fin, yo venia con el objeto de visitar la Rusia, y resulta que no me habeis enseñado mas que un rincón de ella. El Kremlin sólo vale una ciudad, es muy posible; (yo preferiria sobre todo su tesoro); pero la emperatriz no ha ido una vez siquiera á visitarlo. Hay más: entre tanto que me dejábais divertirme á mi modo con los calaveras de vuestro país, á quienes instruí en las buenas maneras, he conocido muy bien la antipatía que os inspiraban esos placeres; pues hacíais la vida de un pope (3), manteniéndoos encerrado en vuestras habitaciones lo mismo que si estuviérais ligado por algún voto solemne. De repente os llega la manía de reunir cierta semana á vuestros administradores, y los despedís; no contento aun con eso, dais la libertad á un gran número de vuestros esclavos, lo que, entre paréntesis, ha sido un magnífico rasgo de locura; luego sin decirme la causa, me trasportais aquí con la rapidez del rayo, y quereis que viéndome entre bulliciosas fiestas me mantenga grave y ceñudo como un oso. Mi querido conde, haced lo que gustéis, pero por mi parte os advierto que quiero ir esta noche á mezclarme con esos grupos alegres á caza de aventuras. Ahora acabo de abrazar á la hija de ese tabernero y os impacientais por ello... esperad un poco, y vereis cómo abrazo á otras muchas hijas de Eva. ¡Ah! ¡sois misántropo y pretendéis dictarme leyes! Pues bien, yo á mi vez intento alejar de vos esa somnolencia y ese aislamiento en que vivís. No os abandonaré un momento esta noche, iremos á todas partes, os reireis y abrazareis como yo á las muchachas. Aunque esperais aquí al doctor Almann, no por eso estais enfermo; además, nuestro paseo os servirá de saludable ejercicio. El mismo doctor os lo aconsejará. ¡Fuera tristeza! esa es una cosa buena únicamente para los pobres. Sois joven, rico, y aunque os he perdido de vista despues de nuestra comun infancia pasada cerca de Lisboa, no puedo creer que ningun pesar...

—Basta, basta, don Tello,—interrumpió Andrés Stefanoff, cuyo rostro se puso pálido como un suda-

rio,—está bien, convengo en todo. Iré esta noche con vos y os acompañaré á donde se os antoje.

—Me decís eso con el tono de un hombre que va á ahogarse en el Newa, repuso don Tello.

Andrés se sentó bruscamente: Isaac se mantuvo en pie, á su lado, con el mayor respeto, despues de haber colocado dos frascos de vino delante del jóven.

En este momento, un personaje envuelto en una ancha capa, atravesó la concurrencia y se inclinó ligeramente al oído de Andrés Stefanoff.

—Está bien,—dijo éste apresurándose á abrir una carta que el hombre desconocido le entregara.

Despues de recorrer su contenido, el conde dejó caer sobre don Tello una mirada impregnada de placer sombrío.

—El doctor Almann,—dijo en portugués á su amigo,—no puede venir; pero esta esquela me basta.

Y alargó él mismo su vaso á Isaac, que esperaba con la servilleta en la mano, haciéndole sentar á su lado. El tabernero no veía ya bien los objetos que le rodeaban; se creía poseedor de un inmenso tesoro.

—Decidme, amigo Isaac,—preguntó el conde vaciando su vaso,—¿está todo tranquilo en Petersburgo? ¿Cómo se halla la gran duquesa?

—Más bella y más amada que nunca... como la emperatriz... su suegra... respondió el mesonero.

El conde Andrés reprimió un ligero estremecimiento.

—¿Y el gran duque Pablo?

—El caballero más encantador del reino, tan bravo y tan generoso como Rasoumowsky, su amigo,—contestó Isaac, añadiendo para sí:—este hombre que me interroga puede muy bien ser un espía. Tengamos cuidado.

Pero Andrés no habló más. Concluida la cena, don Tello, que no comprendía la causa del cambio brusco que se había operado en el conde, gracias á aquel billete recibido inesperadamente, procuró indagarla: Andrés se sonrió de un modo que heló la sangre del portugués. En su infancia, que habían pasado juntos, estas dos naturalezas se acostumbraron desde muy temprano á conocerse. Don Tello tenia todos los vicios y todas las cualidades de un hombre seguro de sí mismo: era de carácter ambicioso y emprendedor. Se había estremecido de placer á la sola idea de entrever en medio de esta noche de aventuras á una mujer á quien ni aun en sueños se hubiera imaginado ver tan de cerca, conocida la considerable distancia que le separaba de ella. Observando que el conde Andrés Stefanoff continuaba absorto en la contemplación del retrato de Catalina, se sintió casi celoso.

—¿Habrá, pues, algun medio de hablar á la emperatriz? se preguntó.

Las doce de la noche sonaron en el reloj de la taberna.

Al oír la última campanada repetida por los demás relojes de las iglesias, don Tello hizo un movimiento.

—¿Y bien?—dijo tirando por la manga del vestido del conde,—¿no venís, Andrés?

—No es hora todavía de encontrar lo que busco, respondió éste con voz sorda.

—Andrés, ¿es á una mujer á quien buscáis esta noche?

—Es á una mujer, replicó Andrés Stefanoff.

—¿Entonces, es á la emperatriz! exclamó don Tello con los ojos brillantes de emulacion, porque creia que le habían robado su sueño.

—¿Y quién os dice que yo hubiese pensado en la emperatriz? preguntó el conde friamente.

—Su retrato que mirais asiduamente... vuestro aire misterioso... vuestra turbacion... ¡Oh! no me engaño.

—No os engañais efectivamente.

—¿Y se puede saber por qué quereis encontrar á la emperatriz?

—Ese es mi secreto,—respondió Andrés;—permittedme que lo guarde.

—¿Y si os pidiese como amigo la revelacion de ese secreto,—objetó don Tello cambiando de tono y suplicando,—me lo diríais, Andrés?

—¡No os lo diria!—contestó Andrés con una amarga sonrisa.—¿Os he prohibido acaso á vos, don Tello, que trateis de encontraros esta noche con la emperatriz?

—Ciertamente que no; pero vos, amigo mio, sabreis el modo de descubrirla en medio de la confusion, y yo...

—La emperatriz, ya que teneis tanto interés en conocerla,—añadió Andrés despues de una pausa,—llevará esta noche un vestido verde con un cinturón carmesí guarnecido de fleco de lana blanca... llevará tambien un velo blanco.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Este billete de Almann, leed.

—Es inútil; os creo. Pero... una pregunta todavía: ¿por qué razon se ve cierta ferocidad en vuestro semblante? ¿Qué significan esos ojos brillando de furor, despues de un viaje de recreo como el que hemos proyectado? ¿Qué teneis, Andrés? ¿Qué pretendéis? Catalina es bella, es vuestra emperatriz. ¿Conspiraríais acaso contra ella? No lo puedo creer; á lo menos me lo hubierais dicho.

—Yo no conspiro,—dijo el conde,—¿no veis que estoy sólo? Pero, la hora se acerca... ¡adios!

Y se dirigió hácia la puerta de la taberna.

—No, no, Andrés, no os abandonaré esta noche,—exclamó el portugués esforzándose en detener al conde.

—Gracias á vos, reconoceré ahora á la emperatriz; pero, sabedlo Andrés, yo estoy muy lejos de abrigar ideas contrarias á su reposo y si la encuentro...

—¿Qué?

—¿Qué? Suceda lo que quiera, no tengo ni tendré secretos para vos, conde. ¡Si la encuentro, quiero... amarla!

—¡Yo... perderla!—murmuró Andrés arrancándose de los brazos de don Tello por medio de un violento esfuerzo.

—¡Y yo... salvarla!—dijo, eclipsándose á su vez de la taberna del buen Isaac, un tercer personaje que ni el conde ni don Tello sospecharon estuviese escuchando sus palabras.

Los tres desaparecieron en diferentes direcciones.

II.

TRES BESOS.

Una noche de Venecia, una de aquellas noches de placer y de locura, no hubiera sido nada comparándola con ésta... Petersburgo tocado por la varita mágica de un hechicero desconocido, parecia salir indudablemente de su triste y silenciosa apatía; un movimiento progresivo y misterioso, especie de fluido magnético y espontáneo, circulaba hácia una hora por todas las arterias de la gran ciudad.

Primeramente se fue reuniendo una multitud incesante y muda; perfiles sombríos iban pasando una y mas veces por delante de los edificios que iluminaba la luna... se oían palabras furtivas pronunciadas en voz baja... y luego, al sonar la hora de media noche, la poblacion entera se desbordó como la lava de un volcan.

Se entablaban luchas formales entre aquellos que andaban á caza de las gangas que una feliz casualidad podia proporcionar. En estas luchas tomaban parte jóvenes y viejos, nobles y siervos, aldeanas y grandes señoras. Se hubiera creído que aquello era un verdadero carnaval del pintor Tiépolo, si se exceptúan las máscaras que se habían prohibido en semejantes fiestas, inventadas, sin duda alguna, por el ángel bueno de las mujeres y por el demonio de los maridos.

No hay modo de expresar fielmente los encantos de este cuadro, al que comunicaba nuevo prestigio una de esas noches polares que producen en Rusia el asombro y admiración de los viajeros.

Por una parte el rio, encerrado dentro de ciertos límites por el genio de Pedro el Grande, desenvolviendo su imponente sábana cristalina entre fajas luminosas, reflejando en diversos puntos las flechas de los edificios de la ciudad como un bosque de mástiles. Por otra un plano confuso de tejados, campanarios, monumentos, alumbrados por la luz resplandeciente de las hogueras, ó envueltos en gigantescas sombras. Las iglesias abiertas inundadas de luz hasta el mismo dintel de sus puertas; los caballos enjaezados y piafando en las baldosas de las plazas; músicas animadas, alegres, cuyos ecos sonoros resonaban en los muelles; tiendas portátiles que recordaban las de los vendedores ambulantes de Nápoles; reliquias é imágenes colgadas en los ángulos de algunas calles, bañadas por la pálida claridad de las antorchas... Tal era el espectáculo que Rembrandt hubiera enviado para trasladar á uno de sus lienzos maravillosos.

Ayudado contra una de las puertas de la iglesia de Kazan, Andrés Stefanoff contemplaba admirado este singular efecto óptico.

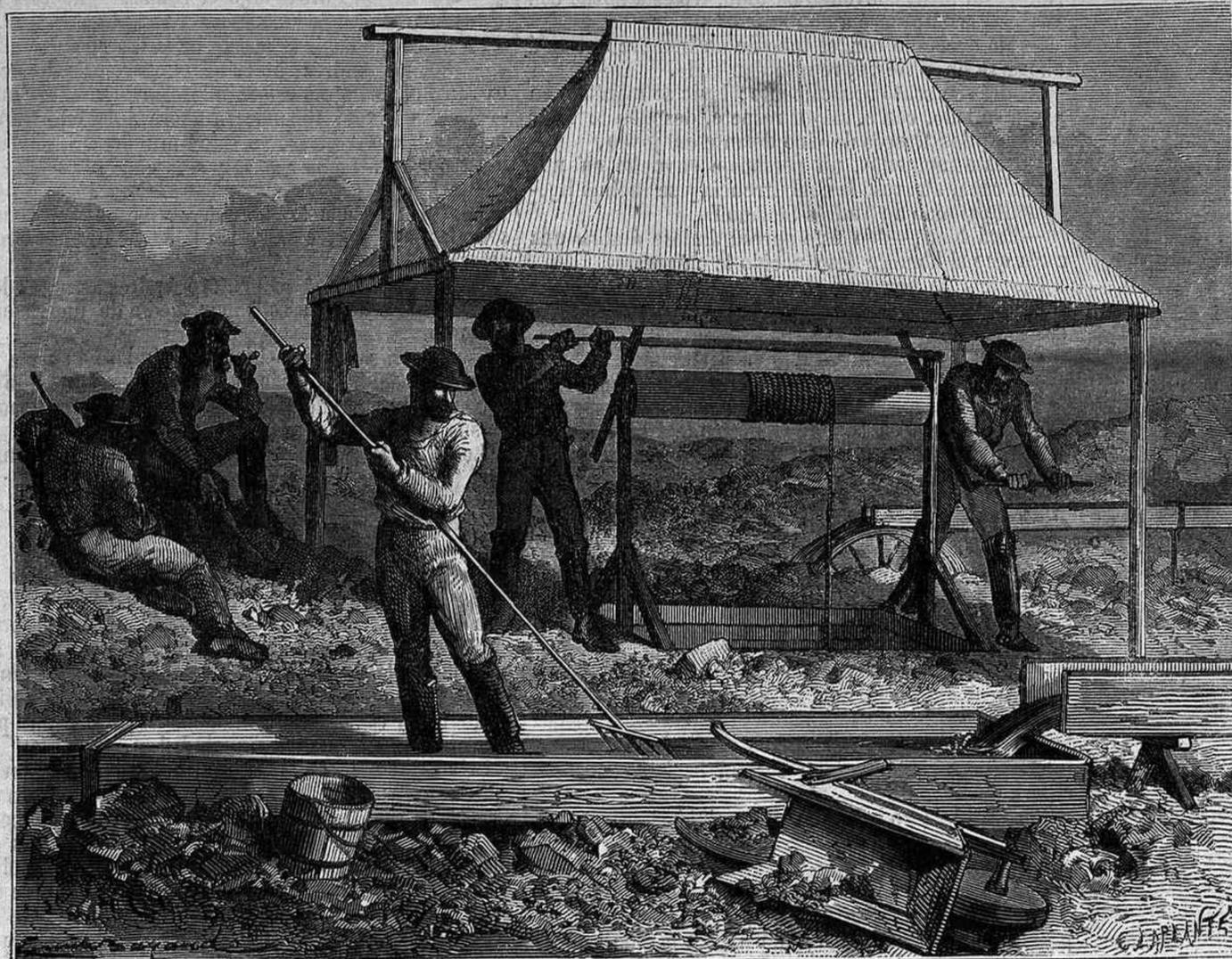
Hacia más de doce años que el jóven conde no había venido á la corte, donde, aun las veces que estuviera en otros tiempos, permaneciera cortas temporadas, conducido siempre por el doctor Almann, su preceptor. Despues de pasar su primera infancia en el destierro, se le había enviado al país de su madre á estudiar en un convento, cerca de Lisboa. Allí fue donde conoció á don Tello. A la muerte de su padre volvió otra vez á Rusia y desde entonces su existencia fue un enigma para sus antiguos amigos de Petersburgo. Un pesar profundo, incurable, le consumia. Cuando encontraba en cualquiera parte algun soldado de la guardia circasiana, su corazón se exaltaba y latía con suma violencia. A los diez y nueve años se batió con uno en desafío. Su religion se transformaba poco á poco en una especie de fanatismo salvaje, la imagen de la muerte no le abandonaba un sólo instante y era el texto principal de todas sus conversaciones. En este mismo momento acababa de sacar de su caftan un medallón adornado de piedras preciosas, que veneraba con singular devoción.

Era la imagen de la Virgen de la Mejilla Sangrienta, á la cual tributa un fervoroso culto el rito moscovita.

—Tranquilízate, ¡oh Santa Virgen!—parecia decirle con una mirada en que se hallaban retratados el sacrificio ciego y el entusiasmo loco;—tranquilízate, sé muy bien lo que he prometido.

Una lágrima se desprendió de los ojos del jóven rodó por la mejilla de la Reina de los Angeles.

(3) Sacerdote del rito griego.



EXTRACION Y LAVADO DEL ORO EN CAMERON TOWN.

El pueblo se había ido retirando poco á poco.
—¡Cuánto tarda esa mujer!—pensó Andrés.—¿me habrá engañado Almann?

Inclinó la cabeza y enjugó el sudor de su frente.
—Por esta puerta de la iglesia es por donde debe salir ella... esperemos. ¡Aun no ha dado la una de la mañana!

Andrés escuchó y oyó muy pronto el ruido de un carruaje. Le vió dar la vuelta y aproximarse á una de las puertas de la iglesia.

Era un coche de palacio. El conde se estremeció al reconocer las armas imperiales.

Pasado algun tiempo, una mujer salió del templo en medio de las confusas oleadas de la multitud: traía su velo caído sobre el rostro.

Andrés reconoció en seguida en esta mujer las señales que le había indicado Almann: llevaba un vestido verde y su cinturón carmesí estaba adornado con un sencillo fleco de lana blanca... Los pliegues de su velo la cubrían como los de una mantilla española.

El jóven sintió desfallecer su corazón: dirigió en torno suyo una mirada furtiva y desanimada; pero al fin, se adelantó.

Al ver este movimiento, la dama se detuvo despues de haber ordenado á su servidumbre con un ademán que la esperasen con el coche al fin de la calle.

—¡Es ella! ¡Es Catalina! murmuró Andrés Stefanoff aproximándose con mas resolución.

La encubierta se mantenía parada en las últimas gradas de la iglesia, en medio, al parecer, de una silenciosa incertidumbre.

El semblante del jóven le era desconocido; pero no debía haberse engañado sobre la intención que á este le suponía, despues de sorprender en él ciertos movimientos. Así, se contentó con sonreírse cuando el conde, segun la costumbre, le presentó un huevo adornado de bellos lazos.

—¡El Cristo ha resucitado!... dijo entonces Andrés, empleando la fórmula consagrada por ese beso simbólico.

La desconocida reprimió un ligero estremecimiento, pero presentó su mejilla con cierta gracia noble y delicada. Todo en esta postura digna de un pintor revelaba el legítimo orgullo del rango supremo, dulcificado por una exquisita benevolencia. La voz de esta mujer era suave como una melodía. Andrés no podía distinguir sus facciones ocultas por el velo; pero bien convencido de que no podía ser otra que Catalina:

—¡El Cristo ha resucitado!—replicó segunda vez, huyendo del beso que se le ofrecía.—¡sí, señora; pero la emperatriz debe morir!

—¡Morir!—exclamó la dama con voz alterada por el terror.—¡morir! ¿Quién sois?

—¡Un hombre que quiere vengarse!

La fisonomía de Andrés Stefanoff estaba revestida en aquel momento de una especie de magestad dolo-

rosa. La tapada comprendió muy pronto que no era un hombre oscuro el que ella miraba como se mira á un insensato.

—¿Es decir, que no queréis bien á la emperatriz? le preguntó con un acento que hubiera hecho caer el puñal de la mano de un paisano eslavo.

—La aborrezco. ¡Es preciso que muera!
—¡Meditad bien las palabras que pronunciais, caballero; porque no hay disculpa de ningún género para ellas, ni aun la de la locura!

—¡Oh! Estas palabras las escuchareis; las escuchareis, señora, cuando sepais que él que os habla no es un loco, cuando el nombre de Andrés Stefanoff... que es el mio, resuene en vuestros oídos como un fúnebre tañido. Yo, que os hablo en este momento, no os he visto nunca antes de ahora; pero no dejó por eso de conoceros bien y sé cuánto puede la emperatriz Catalina... Oídme con atención, señora: he jurado por el cielo que morireis si no accedéis á mi justa demanda. No ignoro que sois una mujer que ha hecho correr olas de sangre por las orillas del Pruth y del Volga; una mujer que firma sentencias de muerte desde el fondo de su retrete embalsamado como otra firmaría cartas de amor... pero yo obedezco á una voz interior que me aconseja. Tomad este papel, señora, y pronuncia una vez en vuestra vida, despues de haberlo leído, una órden que reclama la justicia, aunque para mí será siempre tardía. Os vuelvo á repetir que he hecho un juramento solemne, y de vos solo depende que lo cumpla ó no. Creedme, no es mi suerte, sino la vuestra, la que se halla interesada en este asunto. Pero, á pesar de todo, os lo aseguro por el contenido de ese papel y por la Santísima Virgen, si una sola palabra de clemencia y de bondad se escapa al fin de vuestros labios, hasta aquí de mármol, entonces... ¡Oh! ¡Entonces olvidando lo que sufro, olvidando mi resentimiento y mi odio... os perdonaré, señora, si, os perdonaré!

Andrés se detuvo vencido, aniquilado por el dolor, expiando la mirada de aquella mujer y tratando de percibir algo al través de su pensamiento.

En cuanto á ella, subyugada bajo el peso de tan terribles palabras, escuchaba blanca y pálida como la estatua de la Virgen á cuyo lado estaba.

—Y bien, señora,—continuó el conde insistiendo con energía,—¿guardais todavía silencio?

La desconocida alargó su mano y cogió el papel que Andrés Stefanoff le presentaba.

Andrés se arrojó maquinalmente.

—¿A qué hora podré presentarme mañana en el palacio imperial? dijo con un acento, en el cual se percibía aun el temor de una repulsa.

La dama contemplaba en silencio el noble semblante de aquel jóven donde se halla pintado el mas santo de los dolores. Consideraba á este hombre tan amenazador un momento antes, y que una mirada

¿qué esperas? ¡Tú sabes mejor que nadie los males que esa mujer culpable ha causado... y sin embargo, Andrés, lo has olvidado! ¡Lo has olvidado, insensato, y te afrodillas en las gradas de una iglesia ante semejante furia, subyugado por la magia que envolvía esa aparición!... ¡Dios mio! ¡Quién sabe si Catalina intentará volver á la senda de la virtud! No he podido comprender si sus labios me engañaban... ¡Ah! Si mintiese... ¡Desgraciada de ella! De todas maneras, iré sin falta á esa cita que me ha dado.

(Se continuará.)

R. CAULA.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.
ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID,
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG.